

LA PROTESTA

Año XXI

Oficinas: Humberto I 1175 - U. T. 2059 (B. Orden)

Buenos Aires, Miércoles 1.º de Mayo de 1918

Precio 10 centavos

3363

1886 1918
1.º DE MAYO

EL CRIMEN NO ESTÁ
SOLO REPRESENTA-
DO EN CHICAGO:
ESTA EN LA
HISTORIA.



dueños del lugar ocupado. Yo hice lo mismo con mi valija. Pensé entonces como evitar no ser visto hasta no hallarme fuera del peligro de ser devuelto a tierra. Miré a todos lados y no vi a nadie. Bajo mis plantas sentí el acompasado palpitante de las máquinas. Los pasajeros debían hallarse todos sobre cubierta. Me pareció que entre ellos estaría más seguro, y eché escaleras arriba.

La mañana era clara y el cielo se mostraba difuso. El sol reía en las aguas que adquirían transparencias de cristal al levantarse acompañadas y percosas; el aire suave y fresco traía emanaciones de mar.

Asomado en la barandilla, estuve largo rato viendo como a lo lejos se iba empquecheciendo la ciudad. La mayoría de los pasajeros hacía lo mismo. Al rato se observó en ellos un extraño movimiento. Las miradas se dirigieron hacia popa. Los remodeladores que habían escolado al vapor se disponían a abandonarlo a sus propias fuerzas. Aquellos tomaron rápidos rumbo al puerto, dando la sensación de torpedos disparados contra el teledisco punto blanco que era ya la ciudad a nuestros ojos. Un rato más tarde casi no se veía más que agua, sólo a nuestras espaldas, confundido con el horizonte se notaba la mancha oscura que fingía la lejana costa; el vapor seguía río adentro, ocasionándonos la ilusión de que íbamos a hacer un largo viaje...

Después de haber dejado al sud a Buenos Aires que hubo de aparecerme otra vez como si hubiera querido darme la última despedida, comenzábanos a entrar en el Paraná, cuando llamaron para el almuerzo. Prestamente el pasaje iba abandonando la cubierta. Yo me quedé en un momento. Después, tomando una resolución heróica, eché decidido escaleras abajo.

El pasaje de tercera no pasaba de treinta personas, hombres en su mayoría. Había dispuestas tres mesas en un pequeño comedor, y en una de ellas se hallaban sentadas las mujeres. Tomé asiento entre dos soldados, teniendo enfrente a un simpático anciano de barba blanca y puntiaguda.

—Pasajes, señores, pasajes — reclamaba un hombre rubio y uniformado. Los comentarios fueron mostrando una a una sus hilteas. Yo seguí comiendo con la mayor tranquilidad.

—¿Usted, caballero? Me halagó el calificativo, y me llevé las manos a los bolsillos en busca de lo que no podía hallar.

—¿Hombre! lo debo haber perdido — respondí después con la mayor tranquilidad.

—¿Perdido? Lo que es que no lo habrá sacado.

—¿Qué no lo he sacado?

—Claro que no.

—Pues bien, tiene usted razón.

—¡Atormentado! — me escupió con rabia aquel hombre que hacía un momento me tratara de caballero.

—¿Cómo, cómo? — pregunté indignado, más al ver que se iba volví a sentarme a comer tranquilamente.

Las miradas de todos me asaltaban, pero yo no hice de ello el menor caso. De seguro que me creían un perfecto sirviente. Estaba sereno, y yo mismo me admiraba de la tranquilidad y desparpajo con que estaba afrontando aquella difícil situación. Al rato volvió mi hombre ya un poco más civilizado.

—¿Quiere usted acompañarme? — me dijo.

—¿Cómo no! Ahora no más, en cuanto termine esto que está muy abrozo. Se conoce que la Compañía se esmera en tratar bien a los señores pasajeros.

—¿Va a venir o no?

Eché tras él siendo llevado a la presencia del contramaestre. Este era un hombre alto, de rostro curtido y oscuro y recortado bigote. Hablaba con un señor gordo y apoplético. Los dos me miraron detentivamente. Yo muy serio, muy sereno, protesté acanador:

—Ante todo, debo decirle a usted que tiene unos subalternos muy mal educados. Sepa este señor que no me conoce — y señalé al empleado que no acertaba a comprender aquella estúpida — que él sólo hecho que yo venga sin pasaje, no le dá derecho a insultarme.

—Yo no le he insultado a usted — se apresuró a decir el pobre hombre que parecía temer como si la cosa fuera con él.

—Usted me ha insultado con adjetivos desagradables, y tenga por entendido que yo soy tan caballero como usted.

El señor gordo y el contramaestre sonrieron incrédulos. Hubo algunas palabras más y el último dijo al fin zanjando la cuestión:

—Usted reconozca su falta y nosotros los veremos obligados a entregarlo a las

autoridades cuando llegemos a puerto. ¿Cómo se llama usted?

—Manuel Ortega.

—Puede retirarse.

Toda la tarde me la pasó sobre cubierta, paseando a ratos y a ratos leyendo sentado en un banco de los colocados a popa. El día, de comienzos de primavera, era claro y templado. El paisaje excesivamente monótono, apenas interesaba. La estrechez del río daba la sensación de ir navegando por un canal bordeado por espesos sauces. A veces, sobre sus cabezas de Medusa, se dibujaba a lo lejos la mancha roja y blanca de algún pueblito costero.

Cuando fué noche comenzó a encapotarse el cielo, y a levantarse algo de frío. Las espesas sombras de los árboles ribereños, por efectos de las quebradas del río, daban la impresión de torvos ejércitos que aparecían atrás y adelante como queriendo llevar contra nuestra embarcación una maniobra envolvente. Las luces rojas que se encendían de trecho en trecho, parecían ojos avizores de fabulosos monstruos en acecho...

Hablé largo rato con el simpático viejo de la barba blanca y puntiaguda de guerrero fin de siglo. Este me contó sus aventuras. Nacido en Cuba, había estado algún tiempo en España, en Chile, en la Argentina, hasta ir a parar a un rincón del Paraguay, donde residía entonces su familia. Allí distante de los centros de actividad, sin ningún contacto con el resto del mundo, hacía vida casi primitiva. Solamente de muy en tarde en tarde, hacía algún viaje a la Asunción o a Buenos Aires. Yo en tanto, oyéndole hablar de abundantes frutas que nadie cuidaba porque la falta de transportes impedía que se pudiera vender, pensé que para un vago como yo, el Paraguay debía ser el mejor país del mundo...

II

Cuando amaneció el día siguiente el vapor había echado amarraz en el puerto de Rosario. Sobre una empinada barranca, aparecía la línea de las primeras casas coronadas por cunales de niebla. Esta fué poco a poco desgarrándose, huyendo al fin para que pudiéramos admirar un cielo difusamente azul. A escribir, sobre los árboles, se alzaba el sol rojo y enorme.

Al fin llegamos a los muelles y dió comienzo el desembarque. Uno de los marineros me condujo a fin hasta la subprefectura. Aquí me prontuaré con una profinidad que dado sea empleado con los héroes de las crónicas espeluznantes. Ya bien entrada la mañana, vino el subprefecto a hablar conmigo, dándome esperanzas de salir en seguida. Uno de los marineros me dijo en cambio, que no saldría hasta el día siguiente, pues habían teleografiado a Buenos Aires pidiendo informes. Y así fué efectivamente. Aquella noche lo pasé en el Cuartel de Armas con los marineros de guardia y por lo que vi y oí, mezclado entre las conversaciones de prostíbulo, coléje que los directores de aquella repartición no eran muy escrupulosos en moralidad administrativa...

A la mañana siguiente fui llamado para ponerme en libertad. Me condujeron hasta una oficina en donde había un joven escribano. Al que le dimos los dos, nos miramos fijamente. Al cabo de un momento el comenzó a hacer las preguntas de reglamento:

—¿Cómo se llama usted?

—Manuel Ortega.

—¿Nacionalidad?

—Argentino.

Cuando levantaba la vista del papel confrontador, nuestros ojos se encontraban como queriendo hablarse. Yo al fin me decidí a preguntarle:

—¿Usted ha estado en Buenos Aires?

—Sí, de allí vine hace pocos meses. Vivía en Lomas, pero estaba en la ciudad todos los días. Recuerda haberme visto, ¿no? A mí también me parece.

—Usted iba por el café de...

—Cierto. Usted es aquel... ¿Y como se ha venido así? Aquí está todo muy malo.

No tuve inconveniente en ser sincero. Le conté como hallándome en malas condiciones y brutalemente abandonado de Buenos Aires, recibí una carta de dos buenos amigos que, dando turnos por las provincias habían ido a parar a Rosario, invitándome a que fuera a pasar aquí una temporada con ellos. Recibir la carta y ponerme en camino, había sido todo uno.

—Bueno. Vea: en este papel que va a firmar se compromete a abonar a la Compañía el pasaje, en cuanto tenga dinero para ello. Todo esto es pura fórmula. Usted no irá a cometer su tontería. ¡Ella es demasiado rica!

Yo sonreí ante aquella suposición, y salí después de despedirme. Tomé rumbo hacia la ciudad que iba a pisar por vez primera, mientras gozaba con

deleite la emoción de las cosas nuevas, sintiendo acariciado mi espíritu por la sonrisa de los cielos y la frescura de la mañana.

V. Santos de PEÑAFIEL.

HUELGAS

Lógica consecuencia, inevitable, la tirantez y ruptura de relaciones, entre capital y productores, acrecentada en forma alarmante en los últimos tiempos; efectos bien justificados, que se manifiestan en mayor o menor grado de intensidad, nacidos a raíz de los empugna intereses entre sí; irrupción, que se acepta, de la lava, cuyo cráter tiene la alimentación en los sedimentos, arrastrados por yuxtaposición de materiales, en los profundos cuencos sociales; sospechosos sacudimientos sísmicos, que conmocionan toda la superficie, sembrando el terror; huracanes desencadenado con visos atorracados, que amaina tras un corto lapso... Nada más humano y concordante con el progreso, el levantamiento de la cerviz, atrofiada por milenarias educaciones nocivas. Todo acto rebelde, sugiere un principio evolutivo, pero hay actos de índole inversa, sin alimentación consciente, no llevando impreso el sello de un fin netamente transformador. Y esos son los que actualmente priman en gran mayoría.

Las huelgas desde ha mucho iniciadas, toman incremento tal, que no es extraño se apodere de los cuerpos el optimismo; ellas originan la ilusión que se trucea en entusiasmo, extendiéndose como reguero de pólvora en el terreno propio, para detenerse al chocar en la barrera, cuyos extremos forman el círculo, círculo de hierro aparentemente sólido, aunque fácil de perforar. Hay quien cree, que solo una masa compacta de gran potencia, es necesaria al derrumbe del bloque; sin embargo, con poco esfuerzo, al primer golpe de un pico, esgrimido con conocimiento, saltará hecho añicos. Y en esto consiste el truco de esas huestes que luchan con denuedo por un bienestar irrisorio, vago, ignorando, que basta decir una palabra para que desaparezca todo un mundo, consiguientemente lo imprescindible para un bienestar y una felicidad relativa, que jamás hallarán en esta sociedad perversa. Llegará el momento de encauzar las dispersas fuerzas productoras en una misma dirección? Este interrogante, es el problema que cada cual lo entiende a su modo; la respuesta pertinente, causará tal vez un malestar... Nos hemos empeñado en mantener una concepción que la práctica destruye, teniendo mente para la mayoría, y aceleradamente para aquellos que se han empapado en la anarquía realista.

Repasemos el libro mayor que contiene el debe y haber proletario; tenemos la vista hacia el pasado, sin olvidar el presente; analicemos sin apasionamiento y desgajados por completo del subjetivismo que anula lo exterior, las pérdidas y ganancias. Los sindicatos, traerán el futuro? El salario y horas de trabajo, es innegable, que su promedio no es estable; su oscilamiento de baja y suba, marcha al unisono con las variantes indelebiles de la producción y los brazos que la crean. El ejército de desocupados, cada día en aumento por la máquina y las crisis consecutivas, (causas que no desaparecerán, salvo el cambio radical del régimen) del actual sistema económico, son los obstáculos mayores al sostenimiento de los precios, por los sacrificios cruentos, por el desgaste de fuerzas heroicas, de la familia creadora y fecundadora de la vida, que no viven ni en apariencia. Confrontados los seres inmolados y la sangre derramada, en la prosecución de la emancipación de los miserables, con lo que hoy poseemos, y veréis, hijos del dolor y la miseria, que todo en conjunto es, una punitiva, una lagacética, nada en absoluto, cuando se fin con segundo; ni muy, verdad malida, lo que ha cuarenta años empuñaban orgullosos nuestros antepasados... Ahí tendréis los grandes sindicatos europeos y de la América del Norte, el lugar que ocupan los primeros, implantes, dores de «la Internacional Revolucionaria», han pisoteado todo, cayendo en manos del sindicalismo alborotado, a igual que los segundos. Contemplad el obrerismo de esta región, y hallaréis la expresión más eloquente a lo que ha sido, lo que es y lo que será, si existe y prolonga lo presente.

El gran monstruo terrestre, sin men-

ción el hermano marino; esa poderosa palanca ferroviaria, filón que se explota en provecho de los accionistas y adverso a los mineros que extraen el metal, después de tantos ruidos golpes, acastados a su infatigable marcha, después de las arrebatadas recibidas, por el horniguero que mueve su complicado mecanismo, seguirá su obra interrumpida en un intervalo... Los ferroviarios quedarán extenuados, (permítame el pronóstico) se reproducirán los acontecimientos, uno tras otro, y sobre el tapete tendremos la misma colocación de los naipes en la jugada, el mismo teje y maneje. Análoga situación la de otras instituciones.

Esperar la revuelta salvadora, de este terreno? La otra parte del pueblo, esa multitud que ahí no milita; esa enormidad de seres desamparados, anémicos, de los suburbios; esa otra juventud alimentadora de nuestra generación; en fin, esa gran cantidad ocupada en la producción, no de primera necesidad, no debemos olvidarla. De su seno, de ese vientre gestador de todas las metamorfosis, surgirá, no lo dudéis, el parto fecundo del mañana, el sol que alumbrará a un nuevo día, la esperanza nuestra... Esa incomprendible fuerza, se acrecienta al mar en su flujo y reflujo; también al golfo, en cuyas profundidades las corrientes se chocan, y encima el navegante, admira su mansedumbre...

En estos momentos en que se impone una activa reacción, que caldee las muchedumbres, bajemos la escalinata de nuestro castillo de aluzo, e iluminemos a todos sin que nuestras energías sean absorbidas, anuladas, por un conglomerado determinado. Agujerémoslo al Lázaro real, rompiendo su sueño alejandrino.

George KING

LA REVOLUCION SOCIAL

Tender la vista al pasado y traer a la memoria los múltiples hechos originados en pro de la libertad, sería tarea de no terminar jamás.

El espíritu de la libertad data de tiempos muy remotos; basta decir que el hombre antes que el apatado, ya habían existido hombres amantes de la libertad, por no someterse a la esclavitud de los patriarcas, se marchaban con su prole a vivir a los bosques vírgenes lejos de toda autoridad. Espartaco fué después el que dió el primer grito de libertad colectiva, libertad que no pasó a ser otra cosa que un simple calmante para aquellos estoicos gladiadores. Más tarde fué Francia la que proclamaba los derechos del hombre, sellando con la sangre de los que cayeron en la pelea, una nueva era, que se convierte en ultraje para la dignidad de los hombres conscientes, porque esas palabras de Libertad, Igualdad, Fraternidad, que sirvieron de trofeo de reivindicación, fueron cobardemente adulteradas, por haber sellado con ellas la esclavitud de los siervos transformados en asalariados. La «Comune», que tendía a transformar el régimen, fué impotente para triunfar; la falta de valor revolucionario fué la causa de la derrota por el ejército versallesco.

Es así como han terminado todos los levantamientos de pueblos; ninguno ha enarbolado el pendón justiciero; en todas partes el paria ha sido el víctima; siempre que se le ha dicho o hablado de libertad ha ido a dar su vida, sirviendo de esta manera de potencia para las que se venían de la mentira y la estúpida.

Rusia es la que más ha sobresalido en las revoluciones habidas hasta la fecha; pero también hemos de decir que esa lampoco ha enarado la pelea como los anarquistas pensamos, porque debemos tener en cuenta que el maximalismo no es el anarquismo nuestro; aquí es el derivado del marxismo y del anarquismo; solo no queda que resta hoy día los maximalistas, bajan dando pruebas de marchar rectos según sus principios establecidos en el Congreso de Bélgica.

La revolución, tal cual la pensamos hacer los anarquistas, no se ha hecho en ninguna parte del globo; siempre la libertad ha servido de escaudo a determinados caudillos que se han valido de la ignorancia del pueblo para satisfacer sus aspiraciones mezquinas, de caudillos que tienen una sola aspiración: el poder, para someter a su capricho y antojo a todos los que hemos nacido sin tener derecho a un gobierno en el «banquete de la vida».

Esta es la causa por la que los

anarquistas sintamos la necesidad de hacer acercarse lo más pronto posible la revolución; es por eso que en todas partes ponemos un poco de rebeldía en el corazón de los trabajadores, que ya empiezan a despertar del letargo milenario en que han estado sumidos tanto tiempo.

La revolución es hija de la evolución dice Reclus; y nosotros, teniendo en cuenta que es preciso preparar los acontecimientos, nos hemos empeñado en buscar la mejor forma de hacer comprender a nuestros hermanos de sufrimientos la necesidad imperiosa que existe de llevar a efecto esta gran batalla que ha de derrumbar todo lo malo para levantar una vida nueva, donde el trabajo sea una necesidad para el desarrollo de nuestros miserables y no un estigma como lo es actualmente.

La Revolución la haremos sembrando la rebeldía, porque la rebeldía existe en la mente de cada hombre, únicamente que es como una chispa que si no se aliza se apaga. Solamente el desconlicto puede dar el primer toque de alarma; talvez baste una sola palabra para que el ejército de hambrientos, que somos muchos, vaya a la calle a conquistar su libertad económica, tantos siglos usurpada por la avaricia burguesa.

Como la práctica nos ha enseñado bastante, muy lógico es que en la Revolución verdadera, no ha de pasarse como en las demás, porque no seremos tan cándidos ni cristianos como lo han sido nuestros antecesores. Si verdaderamente amamos la libertad, la sabremos defender, cueste lo que cueste. Es preciso ser como decía Marat: «Para triunfar hay que morir con la sangre azul».

Si la «Comune» fué abogada por el ejército organizado de Versalles, fué porque los mismos comunistas de jaban escapar a los burgueses a Versalles, en vez de haberlos ajusticiado a todos como enemigos.

El día de la revolución, es el día en que todos los desheredados de vemos atrair a nuestra memoria los más remotos recuerdos de miseria y explotación; debemos ese día reconcentrar en nuestros corazones todo el odio a la sociedad agonizante que nos ha hecho pensar durante tantos años; debemos ser capaces, que si no se completa; uno solo que dejemos, es para nosotros un esborio un peligro que puede desmembrar lo que laboramos, y entonces ¡guay, de nosotros! Ellos son de por sí sanguinarios; recordemos aquellas burguesas que se entretenían en agucrar con la punta de sus sombrillas los ojos de los revolucionarios, después de ser derrotados.

Necesitamos revolucionarios fuertes de espíritu para hacer triunfar la revolución; mientras menos días se demoren en deliberar, más conformes quedan las muchedumbres; una revolución que se prolongue, perjudica a los trabajadores, porque día a día va decayendo en ellos el espíritu de entusiasmo. La Revolución rusa lo demuestra claramente.

Los gobiernos cuando declaran una guerra, dicen que van a defender la libertad, (Francia, por ejemplo); llaman a sus soldados y allá van destruyendo en nombre de una libertad ultrajada; nosotros, que vamos a buscar la libertad absoluta para todos, debemos ser también destructores de todo lo que nos «restorbe» únicamente así podremos triunfar por encima de todas las ruidadas actualidades.

La revolución tendrá que venir, pero nosotros haremos lo posible porque sea mañana mismo, buscaremos todos los medios para precipitarla, pues el menor acto de rebeldía puede traer por consecuencia un levantamiento popular, que es la antesala de la revolución.

Deber de todo consciente es que propague en todas partes la necesidad de hacer pronto la revolución; la única que ha de solucionar tanta infamia de parte de los de la sangre azul...

El día en que derrumbemos el edificio social con toda su construcción interna, sin dejar ni rastros de la sociedad actual, entonces sí que habremos cumplido con nuestra misión y podremos decir sin miedo a equivocarnos, que nosotros hemos hecho la verdadera Revolución Social...

FRAN ANDRES

Compañeros:
CONCURRID TODOS AL MITIN DEL 1.º DE MAYO